

Tiempos diferentes

Confesiones de un hijo de carlista

YA casi no quedan carlistas, gracias a Dios. Y los pocos que quedan se encuentran sin «pretendiente». La verdad es que, a estas alturas, los pleitos dinásticos, incluso entre la gente celtibérica, tribal y empecinada, no interesan a nadie: ni siquiera a los príncipes genealógicamente involucrados en los líos de la «legitimidad». El equivalente del carlista, hoy, es otro tipo político, y no me importa cuál. Pero sí que quedamos unos cuantos hijos de carlistas, personal de mi edad, sexagenarios, que fuimos educados con los tópicos propios de la «Comunión», que teníamos colgado en una pared de casa un cuadro con Carlos VII, su barba y su perro, que oímos conversaciones persistentes acerca de una inmediata conspiración. Los tiempos habían cambiado, y todo era una pura ilusión del espíritu, como suele decirse. Me temo que la mayoría de nosotros —los hijos de los últimos carlistas de veras— hemos derivado por otras opciones. Conozco algunos que son fascistas, conozco otros que son comunistas, o anarquistas, o «radicales». Debe de haber pocos que, con un poco de escepticismo entre pecho y espalda, podrían considerarse «liberales», como yo. Pero nos fastidia eso del liberalismo...

Uno lo ha mamado: ha mamado unas manías. ¡Qué le vamos a hacer! Yo «heredé» una desconfianza total respecto a los «disidentes», fuesen integristas como los de la rama de don Ramón Nocedal, fuesen los pasteleros tipo Gil Robles. Y, luego, o antes, lo de la Corona: con doña Isabel II se inician los «usurpadores». A fuerza de leer alegatos en torno a la Ley Sálica, a Carlos IV, a Fernando VII y su testamento, a la infanta Carlota que le dio un bofetón a Calomarde, lo normal es hacerse republicano. Parece ser que, cuando este chico llamado Carlos Hugo Parma, o Bourbon-Parme, se retiró de la vida pública, sus escasas «huestes» han dado por zanjado el asunto de la dichosa Ley Sálica. Creo que este individuo tiene un hermano llamado Sixto, pero eso ya es puro Rocambole. Tuve ocasión de conocer a su papá, don Xavier. Estuvo un día en casa, y hasta conservo una foto dedicada a mi padre, sin enmarcar. Mi padre, carlista de la época del «jaimismo», y que también tenía —y tengo— otro retrato con autógrafo, nunca se enteró de que Jaime II y Blasco Ibañez eran amigos de tertulia en Montecarlo o en Niza. Don Xavier era un típico intelectual francés de derechas, maurrasiano, y habría muerto de un patatús moral si sus veleidades de ser «rey de España» hubiesen tenido una leve posibilidad.

Lo que ocurre es que un hijo de carlistas, que no puede ser carlista, tampoco puede evitar, de vez en cuando, una reflexión sobre el carlismo. Y sospecho que los historiadores profesionales han liquidado el asunto con una frivolidad escandalosa. Ultimamente, cuando el Hugo Carlos se sacó de la manga una especie de «carlismo-progre», que era una «contradicción en los términos», tres o cuatro comentaristas aprovecharon la ocasión para propalar que las «honradas masas carlistas» eran eso: masas. O sea: pueblo. Y tenían razón, en parte. El carlismo tuvo una base

popular sólida. Como la tuvo el franquismo, y que no me venga ahora nadie con distingos o disimulos. Franco tuvo su clientela, y no sólo de obispos, generales y banqueros. Como, en sus momentos, don Carlos V, y don Carlos VII, por ejemplo. Lo que conviene aclarar es por qué ocurría así, y por qué siguen ocurriendo fenómenos similares. Y todas las bromas acerca del «¡Viva las caenas!» no sirven de nada: son, a lo sumo, interpretaciones elitistas. Cuando una parte —mayor o menor— del pueblo, y del pueblo bajo, grita «¡Viva las caenas!», «¡Viva Carlos VI!» o «¡Viva Franco!», algo funciona mal, sin duda, pero algo funciona. No basta atribuirlo a la «alienación». El problema es más complejo. Con guerras o sin guerras civiles.

PIENSO que los historiadores de oficio tendrían que revisar la España del XIX, y poner las cosas en su sitio. Las guerras carlistas, con Zumalacárregui o con Cabrera, fueron un episodio apasionante: no desde el punto de vista militar, sino, bastante más, como trauma financiero para el Gobierno de Madrid. El ex seminarista Cabrera, con unas docenas, o pocos centenares, de seguidores, pusieron en un brete continuado al Ejército oficial. Zumalacárregui murió pronto, en un sitio de Bilbao, y odiado por los cortesanos del Pretendiente. Cabrera, que humanamente nunca habría sido un cura amistoso en la diócesis de Tortosa, descubrió las montañas de Morella y del Maestrazgo: asesorado por algún indígena. Más tarde se desencantó del «rey legítimo», se fue a Inglaterra y se casó con una señorita protestante con posibles. Y envió a hacer gárgaras al joven Carlos VII, que era un fantoche descomedido. Entre Cataluña y el País Valenciano, nunca faltaron «partidas» carlistas. Pero eran fulanos como lo fue Serrallonga o Pere Guinard: bandoleros. Un cabecilla de Alcalá de Xivert escribía al coronel liberal que le combatía (y resumo): «Mañana yo iré hacia el norte, y usted vaya hacia el sur; robemos lo que podamos y que nuestros respectivos Estados Mayores se jodan». Esto de «se jodan», tan feo, era literal o una calcomanía. El personaje en cuestión, que quizá don Antonio Pirala —no sé si Pirala se ocupó de él— pudo considerar importante, era un simple pillito.

Y el pillaje era lo esencial. Por muchos conductos sabemos que el material humano del carlismo armado del XIX estaba constituido por individuos sin trabajo. Un campo árido, una desamortización loca, los telares en crisis; invitaban a los muchachos a enrolarse por Dios, por la Patria y el Rey. Y además, según cuenta doña Blanca de Braganza, esposa de don Alfonso Carlos, en sus «Memorias», los soldados carlistas solían hacer un fin de semana agradable, volviendo a sus lugares de origen para cambiarse de ropa y cumplir sus deberes conyugales. Sería un error creer que aquellas guerras fueron como las del 36 en adelante. La historia de las guerras —ésta u otras— está por hacer, y nadie puede olvidar que cualquier guerra pertenece también a la «historia cuantitativa», económica, demográfica o de clase. Cualquier guerra siempre es un derroche de hemoglobina:

pero, hasta las barrabasadas del 14, fueron, ante todo, depredadoras: pillaje, robo o como ustedes prefieran decirlo. Y el hambre era su protagonista. La tradicional «hambre hispánica» —literariamente va desde la plaguesca a Galdós y al «género chico»— explica muchas cosas. ¿Explica el carlismo? Mi familia era pobre: sin un palmo de campo de su propiedad, criando una cabra y unas gallinas, y una cerda para vender las crías. Y eran carlistas. Cierto: iban a misa. Por el lado materno, procedo de liberales-conservadores: mi abuelo era un «muñidor» electoral de don Paco Peris Mencheta, el de «El Noticiero». Mi abuela materna consintió en el matrimonio de mis padres con cierta resignación: «El es carliste, però és un bon xic...».

Yde todo eso deriva uno. Y uno, que, desde que tuvo uso de razón, no pudo ser carlista, por muy hijo de carlista que fuese, nunca ha dejado de estar obsesionado por el hecho. Quizá si mi padre no hubiese sido devoto, habría tendido al anarquismo o al socialismo. Al terminar la guerra de España le hicieron «jefe local», y, atiborrado de encíclicas y de «los 29 puntos», se propuso hacer la «reforma agraria» en Sueca: le mandaron al carajo rápidamente. Y no se desengañó. Le costó mucho esfuerzo, como carlista, desconfiar de Franco. ¿Fal Conde, Rodezno? ¿La «reina madre», o sea don Esteban Bilbao? Mi memoria es débil. Cuando murió, con un parkinson avanzado, deliraba con recuerdos del 36: tiros y cárceles. Cuando le enterramos, sus correligionarios no se atrevieron a ponerse la boina roja. Quizá ya me tenían miedo. Pero me dio mucha pena. El difunto se merecía un «Oriamendi» de charanga y un telegrama del «pretendiente». Diez o doce amigos clérigos —no suyos, míos—, aun siendo posconciliares, le rezaron un responso. Hubo mucha sotana en el acto: sotanas anticarlistas. Insólitas.

No puedo alargar esta nota. Pero he sacado una conclusión: la ventaja de haber sido hijo de carlistas, y de no ser carlista, es que uno no será nunca democratacrístico y que se inclina —y de qué manera!— por la indiferencia acerca de las «formas de gobierno». Hoy, cuando todos los izquierdosos parlamentarios han renunciado a ser republicanos, el hijo descarriado de carlistas se encoge de hombros. La verdad es que los últimos verdaderos monárquicos españoles se han agotado, y alfonosinos: los de «Acción Española». Toda esa gentuza de la «clase política» de Madrid y provincias, por supuesto, no es nada republicana. Por su monarquismo tampoco vale la pena apostar un duro, incluyendo a los gubernamentales. Pero, de momento, es preferible que sea así: que sean monárquicos Carrillo y Fraga, Suárez y González, los prelados, los capitanes generales y los jefes superiores de la Administración central, e incluso los dirigentes autonómicos. La alternativa son esos coroneles que preparaban un nuevo golpe de Estado. Nunca nos faltarán coroneles así. Que ni siquiera podrán ser «carlistas»: suramericanos, y gracias.

Joan FUSTER